

# Apuntes

## LOS CATOLICOS Y LA POLITICA

Muchos católicos se encuentran hoy ante un serio problema. En teoría saben, se les dice, que la Iglesia no se pronuncia en cuestiones puramente políticas, que las autoridades eclesiásticas se limitan a "recordar los principios del Dogma y la Moral" y que la opción política depende de la conciencia personal de cada cristiano. En la realidad, esos católicos estamos día a día en condiciones de comprobar lo contrario: detrás de la pretendida exposición de los "principios", viene la coacción, la violencia ejercida mediante el más repudiable de los métodos: la presión sobre la conciencia por motivos falsamente religiosos. De más está decir que ese pronunciamiento **de hecho** de la iglesia, favorece en general los intereses de la más cruda derecha y hace las delicias de nuestra alta burguesía que es —ella también— "auténticamente cristiana". Para quienes recordamos que muchos de los que hoy proclaman haber "hecho" la revolución de setiembre, aplaudieron no hace mucho tiempo la coronación de la Virgen en Plaza de Mayo, ante la sonrisa devota de Perón, no puede haber confusión alguna. Este es en resumen el problema: quienes reconocemos en la Iglesia la fuente única de toda Verdad religiosa, la vemos al mismo tiempo mezclada, históricamente, con una estructura social que legitima el privilegio de los cristianos burgueses, en un complejo de relaciones en que a veces se hace muy difícil, humanamente imposible, dis-

tinguir las partes. Los católicos tenemos siempre a mano un argumento: sabemos recordar la diferencia que media entre la Iglesia —eterna, invisible— y los sacerdotes que a veces nos rodean. Pero es una distinción que sólo la fe hace posible. Hay quienes no están en condiciones de establecerla. Ante éstos, los católicos tenemos que justificarnos, tenemos que encontrar una razón de ser, tenemos que dar cuenta de aberraciones como el concubinato Iglesia-Estado en España; como un reciente congreso católico en República Dominicana, en que los más altos prelados del país se dieron ostentosos abrazos con el generalísimo Trujillo y donde el Cardenal Spellman, arzobispo de Nueva York, hizo un panegírico de la obra de gobierno del presidente de la "república".

En 1947, el padre Lebrét denunciaba: "Un número grande de cristianos ha hecho causa común con el régimen capitalista. Defensores de la propiedad, no han luchado contra la expropiación continua resultante de la extensión universal de las estructuras capitalistas (...). Las consecuencias de esta traición han sido la materialización de las estructuras y la apostasía de las masas. Es necesario que los cristianos repudien un régimen históricamente desfalleciente y que llevaba en sus principios todos los gérmenes de su maleficiencia".

Dentro del panorama general de la acción política de los católicos, es muy útil detenerse un poco en el análisis de los sectores que pretenden un cierto progresismo y hasta una moderada tonalidad de iz-

quierda. Y digo esto porque en otro número de la misma revista de la que he copiado la traducción de los párrafos del P. Leuret (**Comunidad**), se puede leer, en "Bases para el programa de un partido social-cristiano" (Carlos Villar Araujo y Estanislao de Dobrzynski): "—Por la máxima difusión de la propiedad privada..."; "—Por una política económica que favorezca la mayor producción y alienate la inversión de capitales extranjeros"; "—Por la independencia de las escuelas y colegios privados..."; "—Por universidades libres...". Y en "Partidos y acción política" (Carlos Villalba Díaz) nos enteramos que la reforma de las estructuras sociales puede hacerse "desde dentro", que hay una reforma evolutiva que se opone a la revolución; que se puede transformar el capitalismo aceptándolo. En suma: que el capitalismo se va a inmolarse a sí mismo, gustoso, en el altar de la transformación social. Y se cita enseguida, aisladamente y adulterando su sentido en el contexto del pensamiento de Simone Weil, una frase de que es autora "la revolución es el opio del pueblo".

Esto indica que tal vez un cierto progresismo católico puede ser más peligroso que una posición neta de Unión Federal, para los intereses de una política auténtica en favor del proletariado.

Monseñor Franceschi ha reeditado en **Ediciones Criterio** un pequeño librito, **La democracia cristiana**, comentario a la alocución pontificia de la Navidad de 1945, añadiéndole un "prólogo de 1956". La obra es útil para fijar algunos puntos del problema.

La alocución pontificia (cuyo texto completo figura en el tomo) se desenvuelve en un plano abstracto y fija los principios básicos

de la doctrina y la moral cristianas respecto de toda posible estructura política democrática. Siendo el documento tan genérico, se lo podrá juzgar sin interés, pero deberá reconocerse que no suscita inconvenientes de tipo político. No es justificable, en cambio, que su comentario, reeditado en 1956 con la intención de aplicarse a una circunstancia mucho más inmediata (concretamente, a la situación política posterior a la caída de Perón —Cfr. el prólogo) tampoco salga de un plano vago y general cuando no equívoco.

La introducción es un artículo aparecido en la revista "Criterio" en agosto de 1955. Mons. Franceschi distingue allí entre "partido católico" y "partido de inspiración cristiana". La aclaración no es fundamental como él lo afirma; es más bien formal. El "partido católico" compromete a la iglesia. El "partido de orientación cristiana", no. Esa es —tiene razón Mons. Franceschi— la única diferencia. Los católicos sabemos que, de hecho, los partidos "de inspiración cristiana" existentes dependen de la iglesia (Mons. Franceschi no quiere reconocerlo) y responden, en mayor o menor medida, a sus directivas. (Cfr. la actitud del partido Demócratacristiano entre nosotros, por ejemplo en la campaña por la enseñanza libre). Lo grave, repito, es que esas directivas, lejos de limitarse a lo puramente moral o dogmático —aquí cada católico incondicionalmente debe obediencia— implican una posición política determinada decididamente reaccionaria.

Mons. Franceschi reconoce más abajo el mal que aqueja al partido D. C. de Italia: sus elementos reclutados entre terratenientes y capitalistas. Dejando de lado que sería importante preguntarse por

qué el partido ha canalizado esos elementos con preferencia a otros, se puede observar el límite máximo que alcanza la acción proletaria de los católicos demócras-tianos: Mons. Franceschi cree que la solución se reduce a incluir obre-ros en los organismos directivos del partido. (pág. 12). Más abajo, abo-ga por los sindicatos libres y rechaza el sindicato único porque "ha servido demasiado de instrumento a dictaduras de diversas categorías".

Después de estas precisiones, todo llamado a que el demócras-tianismo asuma un "concepto social" resulta ingenuo: el público obrero del partido serán las élites al estilo J. O. C., con tintes muy marca-dos hacia la derecha, por otra parte, como entre nosotros.

Las exposiciones centrales del co-mentario a la alocución pontificia son superficiales hasta en aquellos momentos en que quiere hacer so-ciología, como cuando hace alusio-nes a "las teorías marxistas" o cuando precisa la distinción entre "pueblo" y "masa". Tal vez sea más exacto decir que son sobre todo abstractas, inútiles hasta la exasperación. Predomina esa retó-rica de la que no se liberan ni si-quiera los católicos más sincera-mente democráticos (no dudo que Mons. Franceschi lo sea): el pue-blo (conciente) y no "la masa"; la verdadera libertad democrática ba-sada en el libre juego de la opinión, etc., etc. Sabemos que "la sana de-mocracia" no existe, que nuestras democracias no son tales ni lo van a ser y que el capitalismo es lo su-ficientemente hábil como para per-mitirnos la elaboración de nuestros esquemas y hasta publicarlos en al-guna parte. ¿Y entonces? Hay un liberalismo católico paralelo y co-rrelativo al liberalismo liberal y ambos justifican pasivamente, de hecho, las explotaciones en nombre

de la Libertad. ¿Qué peligro pue-de haber para los intereses de nues-tros católicos terratenientes en esas proclamas que llaman al Bien Co-mún?

Página 50: "Las democracias que niegan a Dios o prácticamente lo desconocen y que colocan en el sufragio de la mayoría no ya la fun-ción de designar la persona de los gobernantes... sino que ponen en la masa amorfa de los electores la fuente y principio primero de la autoridad, principio por encima del cual nada hay, establecen "una rea-lidad que no reúne siquiera las con-diciones mínimas de la democra-cia".

¿Qué significa que una democra-cia no niegue a Dios sino que lo afirme? Significará lo que en Es-paña, que el Estado apoye a la Iglesia incondicionalmente y le permita establecer una dictadura espiritual que someta toda acción li-bre de las conciencias? Yo sé que esto no es lo que Mons. Franceschi quiere. Pero en la mayor parte de los casos, los católicos lo han en-tendido así.

Además, ¿qué es lo que impide a la "masa amorfa" transformarse en pueblo? ¿Qué es lo que no de-ja que los "cuadros naturales" se manifiesten en las estructuras de-mocráticas? Nada de esto se pre-gunta Mons. Franceschi. Y es lo que habría que preguntarse. Deter-minar la acción política sin respon-der a esto, es condenarse a caer en el liberalismo católico.

El libro denota a veces completa falta de sentido histórico y de apre-ciación política: se equiparan Hi-tler y Lenin (sic, pág. 28); se re-laciona confusamente con el impul-so democrático del siglo XIX, la presión progresiva de la clase tra-bajadora en demanda del reconoci-miento de sus derechos. Mons. Franceschi parece por momentos

olvidar la relación existente entre la expansión de la burguesía europea y la mentalidad democrática liberal.

El comentario recuerda en fin, una cita de Gilson, que dice que los católicos "nunca resolverán un problema religioso mediante la solución de un problema político (...), identificar el orden espiritual con el temporal (...), es no sólo unir sino confundir dos cosas esencialmente distintas".

Ya sabemos la fórmula: es preciso seguir repitiendo nuestros preclaros principios **espirituales**. Porque, a lo que parece, la solución de los problemas políticos se logra solucionando problemas religiosos, nada más. El punto de partida es una falsa contraposición entre lo "espiritual" y lo "material". Tras una distinción de este género, es fácil hacerse de un método sencillo de reflexión: el marxismo es materialista porque sostiene que el hombre se determina económicamente; es preciso repetir sin descanso lo de "las necesidades del espíritu": al proletariado hay que ali-

mentarlo espiritualmente; la revolución se hace "desde dentro".

En fin, que nadie se engañe. La izquierda no se define abstractamente. Tampoco una pseudo-izquierda católica (Cfr., por ejemplo, **Comunidad**). La izquierda es una actitud política que se determina en la acción política y en cada caso. Nuestros pequeños burgueses católicos pueden hasta atreverse a hablar del colonialismo en Asia y el imperialismo en Latinoamérica. De todas maneras, tanto los árabes como los guatemaltecos son cosas un poco lejanas y en cambio sirven para cierta elegante ejercitación mental en el progresismo.

"Entonces —se puede decir, citando a Mascolo (**Les Temps Modernes**, 10 année, N° 112-13, pág. 1694)— la izquierda se identifica con las buenas intenciones, uno es de izquierda porque uno no es un malvado, porque uno se hace cierta idea del hombre, y es demasiado visible que fuerzas reales impiden al hombre realizar este ideal."

Ernesto Verón Thirion

## EL HEROISMO SECRETO DE GHERARDO MARONE (A propósito de **Bajo dos dictaduras**)

El autor destina este folleto a alumnos y amigos. Acaso no deje de tener algún interés para quienes no son ni lo uno ni lo otro. **Bajo dos dictaduras** es, en efecto, un testimonio no carente de significación. Sin duda, como juzga quien se ha encargado de publicarlo, no es un **alarde** (poco muestra de qué pudiera alardearse) ni tampoco una justificación (si pretende serlo no lo consigue). ¿Sus contenidos constituyen, como quiere Gherardo Marone, las etapas de "una resistencia y una angustia que me han acompañado por más de la mitad de mi vida"?

Acaso tampoco, no se ve qué resistencia y qué angustia se reflejan en la comunicación burocrática de que el profesor Marone ha sido nombrado para la cátedra de literatura italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, o en la carta de Francesco Flora en que comunica confidencialmente al agraciado su designación como profesor a cargo del curso de Lengua y Literatura española en Bolonia, que a lo sumo muestra con serena impudicia ciertos poco edificantes entretelones de la vida académica italiana. Si no son exactamente el testimonio